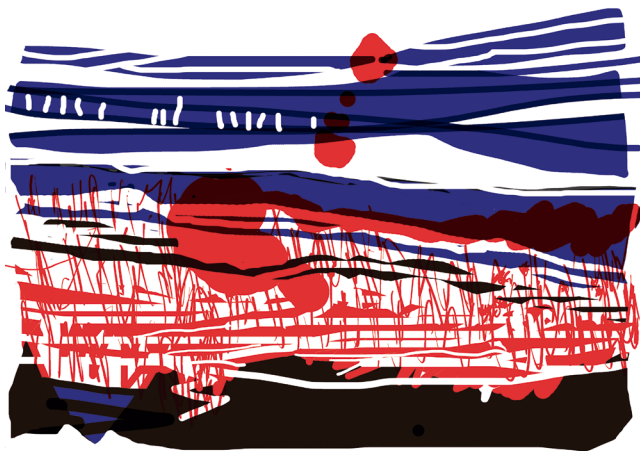


CYNTHIA ALICIA: ELLA TEJE SU MORTAJA Y SUSPIRA

DOMÉNICA MARCELA DEL CASTILLO TORO



La atmósfera se sentía pesada por el olor a la tierra húmeda, acababa de finalizar la lluvia y se abría el cielo oscuro con fulgurantes estrellas. Al unísono se mezclaban todos los sonidos de la selva, pero entre ellos sobresalía el canto

solemne del casi extinto Paujil. Muy cerca a la orilla se observa entre líneas de luz muy baja la figura de una damita esbelta, cabellos largos volaban con el viento para luego volver a caer en su espalda; sentada sobre una piedra gigante observaba el fluir de la corriente implacable del río Amazonas.

Un hombre alto interfirió entre la mujer y el río. Se abalanzó atraído por la belleza de la mujer, que se resaltaba por un vestido blanco tejido como mortaja. Ella lo abraza y le dice:

—Hola, Frank, ¿quieres ir conmigo a coger o a bailar, o quieres conocer a mi maestro?

—Alicia, quiero deslizarme por tu piel insaciable, respirar entre tus poros y perderme en tus cabellos hasta el fin de los tiempos.

La mujer rió estrepitosamente sin dar una respuesta clara. Él la mira, intentando descubrir en los ojos oscuros de la mujer la respuesta que anhela oír, reconoce una expresión maquiavélica, frunce el ceño y acaricia con sus dedos el largo cabello que se va desenredando lentamente. Caminando por las enlodadas calles de Santa Rosa, la mujer hala al hombre en dirección a un bar y le pide sentarse en unos taburetes improvisados. Ella actúa de manera provocativa, muestra sus piernas largas torneadas y morenas y desliza su cadera suavemente para posarse en las piernas del hombre. Plácido momento para él, cuando distraído es mordido en su cuello por ella, Cynthia Alicia, llamada “la oscura” por el pueblo. La mujer lanza una risa aguda nuevamente, se levanta y pide al del bar media botella de aguardiente para tomar allí.

Ocho días antes, Cynthia Alicia estaba a las orillas del río Amazonas esperando a los pescadores a que trajeran su encargo

de pescado. Allí, ensimismada y mirando el sol imponente, fue sorprendida por un pescador que no había visto antes. Era Frank. El hombre le ofreció un par de cachamas, que aún vigorosas saltaban entre la canasta tejida y su piel tornasolada parecía cubierta por una baba grasosa que no permitía mantenerlas quietas.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó ella.

—Veinte mil pesos.

—Está muy caro. Esperaré a otro pescador que cobre lo justo.

—¿Cuánto te parece el precio justo?

—Yo creo que diez mil pesos.

—Bueno, te las daré en diez mil pesos, pero el resto de lo que creo que valen me lo pagarás con un deseo que quiero cumplir contigo.

Para Cynthia Alicia fue un enorme placer encontrarse con un hombre provisto de todas las características que apetece su maestro: rico en espíritu, con un deseo vital y con aires de haber estado arruinado en el mundo.

—Es momento de conocernos más —dijo ella—, quiero llevarte a mi casa para darte un trago de cerveza y compensar lo que no pude pagarte.

Era mediodía, y el calor se levantaba por todas partes, no había mucho viento y era imposible esconderse del rayo de sol. Frank pensó que era un momento propicio para internarse en casa y descansar después de ese largo trajín en la canoa pescando, pero también pensó en que esa mujer le daba

cierta desconfianza, era extraño que todas las personas se habían acercado a otros a saludarlos y a ella nadie se le acercaba, todos los miraban con recelo.

Sin embargo, el deseo puede ganarle muchas veces al miedo. Frank resolvió entonces ir con ella, llegaron a una pequeña casa de fachada blanca, al entrar se sentía un aire más fresco pero enrarecido por un olor a hierbas que Frank no podía distinguir con claridad. La mujer le pide que espere en una silla derruida por el tiempo, mientras toma una ducha; tras unos minutos vuelve ella con el cabello húmedo y un vestido blanco corto que, al darle la luz, permitía ver la piel y sus formas.

Ella se acerca a él, le entrega el dinero prometido y le dice:

—Cuéntame algo de tus culpas, háblame algo de tus desgracias.

—No te conozco, ¿por qué habría de contarte mis culpas?
—replicó él.

Cynthia Alicia le ofrece un vaso de cerveza y lo persuade diciéndole que no hay mejor mujer que ella para escuchar todo. Él hombre convencido y llevado por el deseo le dice:

—Llegué hace poco de Cali, trabajaba allí como músico, tocaba la batería; pero la vida de la noche no es fácil, vivía una vida exacerbada, consumía drogas y alcohol, no lo controlaba. Estaba tan perdido y con tantas deudas impagables que apenas encontré la oportunidad de irme de ese mundo lo hice; algo me impulsó a abandonarlo todo, no sé, creo que conocí a Dios y fue hermoso. Hace tres meses estoy acá, en este paraíso, pensando lo que el Creador nos da para vivir. Esta mañana te vi en

el mercado comprando frutas, y ya en la tarde volví a verte a expensas del río, me gustaste, eres un sueño.

—Yo solo te quiero a ti para ofrecerte a mi maestro, y nada más —dijo Cynthia Alicia mientras reía.

—¿Y quién es tu maestro? —preguntó Frank ingenuo, pensando que se trataba de un truco.

Luego de un apaciguador silencio, Cynthia Alicia se sonrió, levantó su ceja hostil, se acercó a Frank, posó sus brazos en los hombros del hombre y le susurró:

—Ya pronto lo conocerás.

A pesar de la sensación de desconfianza, Frank empezó a besar el cuello de la mujer, la llevó más adelante, a un mesón de la cocina y le besó cada milímetro de piel. La escuchó aullar como lobo y llegó a sentir que alucinaba al verla cambiar de forma: la mujer se volvía luz y otra vez humana. Frank logró tener el mayor placer de su vida. Después de ese día, siguieron viéndose a diario en esa semana.

Ahí, sentados en el bar, en medio de taburetes a punto de colapsar, el hombre sintió un deseo incontrolable de dormir, suponía que era el calor y los agitados días. La mujer lo llevó a su casa, y lo dejó dormir un rato. Horas después, cuando despierta Frank y busca a la mujer afuera en el patio, el hombre siente la fuerte brisa y el viento que vienen del río concentrarse y calmar la sensación de calor; ve al fondo una sombra, una silueta: es Cynthia Alicia, la oscura, llamada así por un pueblo que nunca la ha querido, la comehombres.

Frank yace estupefacto por la belleza enigmática y cálida de la mujer, semejante a lo que siente por la selva y por el río. Cynthia Alicia lo guía con su mano llevándolo hacia ella. Luego, la mujer empieza a hablar en la lengua de los indígenas, una lengua desconocida para él, danza alrededor de una fogata que ardía desde que llegaron a la casa. Frank se siente llevado por una sensación de somnolencia, no entiende lo que pasa y está tan exhausto que ni siquiera puede hablar con claridad. Con risas y coqueteos, ella se precipita sobre él, contoneándose y jugando con su cabello largo se desnuda ante sus ojos y con fuerza descomunal lo arroja al suelo. La mujer mira al hombre con desdén y le grita:

—Ruega porque ya viene mi maestro, y te va arrancar todo, hasta tu alma.

El hombre, sometido por una fuerza que no comprende y víctima de un peso corporal que le hace incluso imposible abrir bien sus ojos o hablar y gritar, llora como un niño. Cynthia Alicia se burla del hombre y al acercarse lo corta con una navaja en los brazos y en las muñecas, esperando que la sangre corra hacia su vasija. Frank siente que está a expensas de una fuerza implacable que lo somete sin ningún tipo de sentido humano, llora impotente y escucha que algo se aproxima a él, intenta moverse, pero no puede, siente que algo lo levanta del piso, pero no logra ver nada. Cynthia Alicia salta de alegría:

—Te veo, maestro: eres un dios, precioso y hostil. Después de acabar con él, quiero fundirme en ti.

Frank, paralizado en su cuerpo pero consciente, sucumbe a los deseos del ser que lo tiene atrapado e intenta extirpar su

corazón. Su corazón sale latiendo aún, horrorizado y extrañamente consciente pide clemencia a Cynthia Alicia, quien fascinada por la escena solo sigue danzando a la luz de la fogata que arde y lanza los sonidos del crepitar de la madera. Una voz empieza a escucharse:

—Mundana mujer, dame más almas. Tus privilegios serán otorgados, quiero más.

Cynthia Alicia, ya exhausta, se arroja al suelo en posición de alabanza

—Por supuesto, maestro: tú eres el rey, el ser que me guía en este pasar momentáneo por este mundo que no es mío sino tuyo.

Frank yace en el piso sin ningún ápice de sangre. Ella, Cynthia Alicia, “la oscura”, teje su mortaja y suspira.

—Es momento de buscar una nueva víctima.

